

EL CANTAR DE LAS PIEDRAS

VICENTE "XENTE" GARCÍA

Todos siempre creen en las historias de fantasía y de ciencia ficción. En aquellas en las cuales los niños les hablan a las piedras y las piedras a los niños. A mí nunca me interesaron, tal vez porque siempre me sentía más maduro que los demás, aunque en realidad no lo parecía. Hasta que un día, cuando iba de regreso a casa después de la danza, miré el sol ocultarse. No fue algo extraño, ni de cuentos de fantasía ni ciencia ficción. Aquella noche en que miré ocultar el sol, también fue el amanecer de un nuevo pero antiguo mundo donde se encuentran las ficticias realidades que contienen las respuestas de la vida.

Salí temprano aquella mañana, en cuanto el sol salió yo ya iba con rumbo hacia el desierto. No estaba muy seguro por qué lo haría, pero lo que sí sabía era que tendría que seguir los pasos del maestro. "Dale tu ofrenda a la tierra", me dijo mientras yo apretaba en un puño la pobre planta de tabaco seco. Miraba para arriba, para la tierra y para los cuatros rumbos; suspiraba y todavía no entendía por qué y cómo le entregaría esta ofrenda al árbol que nos miraba y nos entendía. Después de la ofrenda, "Sigam su camino," nos decía el árbol con sus manos extendidas, "mis ramas son sus guías." Aunque él lo repetía, yo todavía no lo oía.

Llegando al desierto, me quité los tenis, no por perezoso ni por el largo viaje, sino porque las piedras me lo pedían. Fue un día exageradamente soleado y yo ¡descalzo sobre las piedras del desierto que ardían! A lo largo se veían los cerros sencillos, ininterrumpidos y humildes pero, al acercarme, no entendía a las inmensas imágenes figuradas entre las piedras. Tales eran del tamaño de un cerro. "Tal vez fueron de nuestros ancestros", nos decía el maestro cuando el sol ya mero se metía. Sentado me quedé, ahí, en el centro del desierto, mirando la puesta del sol y pensando si sería cierto lo que el maestro me decía.

Cuando ya el sol se había ocultado, el mundo cambió y yo, quieto, me quise quedar, pero el desierto no lo permitió. Pasó una ola de aire resfriado y en un suspiro lloraba ahí sentado y tan ruidosamente que parecía bebé recién nacido entre los brazos de su madre. Las piedras me decían que no me preocupara porque ellas, en esos momentos, me protegían, y fue por eso que de repente yo sonreía. Es más, hasta reía, tan fuerte mi risa era, mucho más fuerte que mis llantos. El desierto me cantaba y me decía, "¡Eres guerrero de la tierra!", en una lección que jamás olvidaría.

Tal vez sea cierto lo que dicen los cuentos de fantasía. En estos días, el sol me sonríe, el viento me canta, bailo con la tierra y el agua me acaricia. Por eso es que les digo que cuando se oculta sol, el planeta habla y amanecen las respuestas de la vida.